

XIII.

Algunos dias pasaron en una paz envidiable.

Catalina vivia con ostentacion, se hallaba rodeada de una córte numerosa de personas que la amaban, y que ideaban para ella obsequios y fiestas, pero no era dichosa; su corazon, vacío desde mucho tiempo y demasiado lleno á la sazón con la bella imágen de Seymour, pedía amor; ese calor que nada puede reemplazar; habia en torno suyo como una atmósfera helada que nada podia alegrar, y que sólo sus ilusiones cubrian con un velo de color de rosa.

Por su parte, Tomás, reconociéndose culpable de ingratitud con la Reina, y retenido además por su ambicion, no habia salido de la córte.

Una rivalidad sorda, pero encarnizada, se habia encendido entre él y su hermano, el Duque de Somerset, que hubiera deseado ser sólo el tutor del Rey y el protector del reino.

Su desavenencia tenia tambien otra base.

Tomás era tan seductor, como feo Eduardo.

Aquel era alegre, decidior, simpático.

Este adusto é intolerante.

Tomás magnífico.

Eduardo avaro.

Cada uno de los dos hermanos era, en fin, un reproche eterno y vivo del otro.

En medio de sus disgustos, recibió Tomás una afectuosa carta de Catalina, concebida, poco más ó ménos, en estos términos:

«Venid, Seymour, pues nunca he dejado de amaros; el último servicio que me hicisteis, libertando mi cabeza de las iras del Rey, me prueba que también poco yo he llegado á seros indiferente; venid á mi lado y sed mi esposo, ya que nadie se opone ahora á nuestra felicidad.»

Dos dias despues de recibir esta carta, llegó Tomás á Chelsea, ébrio de amor y de gratitud.

Pasó con Catalina toda la tarde, y se volvió á Lóndres al anochecer.

Al despedirse de la Reina, le besó tiernamente la mano y le dijo con irresistible expresion de ruego enamorado y dulce.

—Mi adorada Catalina, apresurad todo lo posible nuestro enlace, si es verdad que me amais.

Desde aquel dia, todos volvió lord Seymour, y en las deliciosas arboledas de aquellos frescos y sombrosos jardines, Tomás supo disculparse, y con tier-

nas palabras, de su pasada conducta y de la ligereza con que habia obrado respecto de Catalina.

Seis meses pasaron aún, al cabo de los cuales y en la capilla del castillo, se unieron Seymour y Catalina con los lazos de una union eterna é indisoluble.

Algunos dias despues, volvió Seymour á la córte.

Era conveniente dejar pasar algun tiempo más, ántes de publicar la union, pues la nacion podia, y con justicia, tachar de ligera la conducta de Catalina como reina viuda.

Sin embargo, el enlace tardó muy poco en divulgarse; nadie supo quién llevó á la córte la primera noticia; pero corrió con extrema rapidez y lady Seymour recibió bien pronto una orden del Consejo en que se la obligaba á depositar las joyas, que habia recibido del rey, en el tesoro de la corona, puesto que sólo siendo la viuda de Enrique VIII podia conservarlas legalmente.

Tal proceder fué tambien dictado por la animadversion y la envidia que Tomás excitaba en todos los señores de la córte.

Al dia siguiente de recibir esta orden, lord Seymour entró en la habitacion de su esposa y la halló ocupada en vaciar su joyero sobre una gran mesa situada en el centro de su aposento.

—¿Qué haceis? le dijo.

—Ya lo veis, respondió ella con la mayor tran-

quilidad; voy á reunir las joyas para enviarlas al tesorero del Rey.

—¿Y á qué viene eso? preguntó asombrado Tomás, mirando ávidamente las magníficas joyas que estaban extendidas sobre la mesa.

—¿Cómo que á qué viene eso? repuso Catalina; ¿no os he enseñado ayer la orden del Consejo?

—¿Y pensais cumplirla?

—¡Sin duda! ¿No veis que me rebajaria mucho, usurpando, como quien dice, estas joyas á la corona?

—Catalina, respondió con dureza lord Seymour; nunca hubiera creído que incurrierais en tan extraña y vulgar debilidad, vos, dotada de tanto talento; vended esas joyas y dad una excusa cualquiera; fingid un robo, un incendio, una necesidad..... lo que os parezca ¿no son vuestras acaso? ¿No os las ha regalado el rey?

—Tomás, respondió lady Seymour con noble firmeza; no puedo conservar lo que no es mio; estas alhajas van á ser remitidas ahora mismo al tesoro; y aún no lo sabeis todo.

—¿Hay algo más que vuestra obstinacion?

—Sí, hay algo peor; sabed que por de pronto me quedo sin un sólo diamante; todas mis joyas las hice montar con las de la corona, y, al entregar éstas, tengo tambien que entregar las que me pertenecen y forman la mayor parte de mi fortuna.

—Señora, me haceis dudar de vuestro juicio; gri-

tó Tomás, perdiendo ya toda consideracion; pero, á pesar de todo, creo que no cometereis semejante desacierto.

—Vamos, Tomás, ¿tan mal juzgais al Consejo que no confiais en que se me restituya lo que es mio? preguntó sonriendo Catalina y no queriendo ver la ira de su marido. Dejadlo; vale más y es más digno que el Estado sea mi deudor, que el que yo conserve unas alhajas que debí devolver ántes de que se me pidiesen, y creed que, si no lo hice, fué porque no sabía que se habia de extender tan pronto la noticia de nuestra union.

Tomás salió furioso, echando sobre su esposa una mirada de profundo rencor.

Catalina no vió aquella mirada; mas, por aterradora que fuese, tampoco la hubiera hecho desistir de su propósito.

Colocó todas las joyas en un cofrecito y las envió al Gran Tesorero del reino con una exposicion, solicitando que le fuesen devueltas las suyas, que habia montado con sus alhajas de reina.

Despues de llenado lo que consideraba como un deber, su pensamiento se fijó en la violenta cólera de su marido y sintió que su corazon se oprimia dolorosamente al recordarla; sin embargo, no pudiendo atribuirlo á desamor, se lamentaba de que Tomás fuese accesible á la ambicion.

Fué á buscarle, y le halló frio y duro.

—¿Habeis enviado, por fin, las joyas? le preguntó con acritud.

—Sí, respondió ella; Tomás, era mi deber.

—¿Es decir, que en nada teneis mi voluntad? Está bien, señora; desde hoy obraré cual vos y haré la mia en lo que sea de mi agrado.

Catalina se retiró llorosa y afligida; creyó que no debía contestar á los duros reproches de su esposo, y que lo mejor era el silencio y el olvido.

Desde aquel dia, y apénas eran pasados tres meses desde su casamiento, una negra sombra envolvió el hogar doméstico de Catalina, y oscureció su vida.

Tomás la dejaba sola, primero, dias enteros; luego, semanas, y, por último, pasó un mes en Lóndres.

Sus excesos, sus desórdenes, sus dilapidaciones, llegaron bien pronto á oídos de la infeliz Catalina.

Un dia le dijo que deseaba trasladar su domicilio á la córte.

—Amiga mia, respondió Tomás, estais en cinta, y deseo que tengais reposo, y que mi hijo nazca aquí.

—¡Pero yo quiero ir á Lóndres! Aquí me aburren vuestras ausencias, Tomás, y puesto que, segun decís, vuestras ocupaciones os retienen allí, es muy justo que yo vaya tambien.

—Querida Catalina, respondió Seymour, muy justo era que vos hubiérais obedecido á mi deseo de que conservárais vuestras joyas, y no habeis querido acceder á él.

—¡Oh, Dios mio! ¿Aún no habeis olvidado eso?

—Aún no, ni lo olvidaré hasta el dia en que os las restituyan.

—Ese dia no llegará, Seymour, respondió con tristeza Catalina.

—¿Por qué?

—Se han negado á mi demanda.

—¿No os devuelven vuestras joyas?

—No, por cierto; se me ha dicho que era imposible desmontar las de la corona para separarlas.

—¡Oh, infame codicia de mi hermano! gritó furioso lord Seymour: ¡Oh, deplorable terquedad la vuestra! ¡Al ver tanta riqueza, no han querido desprenderse de ella! ¡Ya lo sabia yo! ¡Oh, sí, demasiado lo sabia!

—¡Tranquilizáos, por Dios, Tomás! exclamó Catalina, asustada con el creciente furor de su marido: ¿qué importa que yo haya perdido mis joyas? ¿Me amareis ménos por eso? ¡Creo que no! En cuanto á mí, lo mismo os querria, y si pudiera mi amor tener aumento, os amaria más si mañana os quedáseis pobre!

Lord Seymour no respondió, y salió de la estancia, y poco despues del castillo, tomando el camino de Lóndres.

Catalina, afligida profundamente, se indispuso, de suerte que tuvo que acostarse.

A las penalidades de su estado se unian las de su espíritu.

La soledad la iba rodeando; las personas de su comitiva, al ver la desavenencia de los dos esposos y la tristeza que invadía la casa, la habían ido abandonando poco á poco, y la misma princesa Isabel había cambiado su tierno y cordial cariño por una frialdad llena de dureza.

Aquella tarde esperó en vano Catalina que fuese á su lado.

Isabel no pareció.

Esperó á Seymour toda la noche y no pareció tampoco.

Al día siguiente se levantó, aunque tenía fiebre, y pasó una gran parte de la mañana esperándole; á la hora del almuerzo envió á decir la princesa que le dispensara el que no bajara al comedor, y que deseaba ser servida en su cuarto.

Lady Seymour no sabía qué pensar; oprimía su corazón un vago sentimiento que no acertaba á qué atribuir, ni qué nombre darle; pasó al cuarto de Isabel, y ya iba á entrar en él, cuando oyó la voz de su marido que hablaba dentro.

El terror la hizo quedar inmóvil y muda; se acercó á la pared, y apoyada en ella oyó lo que jamás hubiera esperado saber; lo que, aún estándolo oyendo, le parecía un sueño horrible.

—Tomás, decía la princesa con su dulce voz, ya os he dicho que os amo; pero, ¿qué haremos, vos unido á esa mujer celosa y exigente, y yo que soy

una niña que aún no cuenta trece años? ¿Qué otra cosa puedo prometerme de vuestra pasión que dolores incesantes?

—¡Ah, Isabel! exclamó dolorosamente Seymour; vos, al fin, sois libre y hermana de uno de los reyes de la cristiandad, y pronto olvidareis al infeliz Seymour, encadenado aquí por sus deberes y que no puede seguirlos.

—¿Por qué? Venid á Londres y jamás se sabrá nuestra pasión; si queréis que corresponda á ella, es preciso partir; aquí Catalina está celosa y nos espía; allí sois uno de los tutores del rey, protector del reino, y vuestra asiduidad á mi persona parecerá natural y aún se tomará como una muestra de lealtad. Seymour, yo os amo, y no os amo ménos por ser casado que os amaría si fuérais libre y dichoso; pero partamos, partamos de aquí.

—¡Sí, exclamó Catalina apareciendo á los ojos de los dos culpables; sí, huid, hombre ingrato y ambicioso, y vos, pequeña víbora á quien he calentado al calor de mi seno durante tantos años; huid, que la maldición del cielo, de una esposa y de una madre os seguirá por todas partes y alcanzará de la Divina Justicia una pronta venganza!

El rostro de la desgraciada Catalina, al hablar así, estaba imponente y encendido por la ira y por el enojo.

Sus ojos despedían rayos; de sus sienes brotaba

un helado sudor que empapaba los hermosos y suaves rizos de sus cabellos.

Tomás la miró con angustia, no compadecido de su estado, sino temiendo el efecto que su enojo podría producir en Isabel, á la que tan atrevidamente ultrajaba, sin tener en cuenta su origen real.

Pero su temor era vano.

Isabel se levantó sin temor alguno y midió á lady Seymour con una fiera y desdeñosa mirada.

—Señora, dijo, ya sabéis de quien soy hija; pero no sabéis lo que hizo mi padre y vuestro esposo; por lo mismo os lo voy á decir: firmó las sentencias de muerte de dos reinas, sus esposas; las de dos cardenales; tres arzobispos; diez y ocho obispos; trece abades; quinientos priores y religiosos; catorce arcedianos; sesenta canónigos; cincuenta doctores; doce Duques, Marqueses y Condes con sus hijos; veinte y nueve Barones y caballeros; trescientos treinta y cinco nobles; ciento veinte y cuatro ciudadanos particulares y ciento diez señoras de la primera distincion; (1) ahora bien, debo deciros que hallo muy justa la medida que tomaba mi padre de quitar del mundo á quien le incomodaba; y como yo un dia ú otro he de reinar, haré lo mismo; vos me incomodais desde luego, porque amo á vuestro esposo; y por lo mismo de-

(1) Histórico.

beis andar muy humilde conmigo, y así tal vez olvide que me estais incomodando; si me injuriais además con vuestras bravatas é insolencia, dia llegará en que lo recuerde.

—¡Pluguiese al cielo, cruel y mal aconsejada criatura, que ya ocupáseis el trono de vuestro padre! exclamó dolorosamente Catalina: entónces ni vos hubierais bajado los ojos hasta mi marido, ni éste los hubiera elevado hasta vos!

Y la desgraciada jóven salió de la habitacion sofocada por los sollozos y aterrada de la fria crueldad de carácter que habia dejado entrever la princesa.

Lord Seymour, compadecido de su estado y de las amenazas de Isabel, corrió á su lado así que pudo dejar el de ésta: era frívolo, ambicioso y egoista; pero su corazon estaba muy léjos de ser perverso y se compadecia de las penas de la generosa mujer que tanto le habia amado.

Ana de Cleves fué en uno de aquellos dias á visitar á su amiga Catalina Parr, quien le refirió todos sus pesares.

La princesa la consoló todo lo mejor que le fué posible, es decir, con las verdades dulces de la religion, y acabó instándola á que la acompañase á Richmond donde llegaria con tranquilidad al término de su embarazo.

—Si, amiga mia, le dijo con cariño; allí, si no feliz,

vivireis á lo ménos tranquila; yo os cuidaré y os consolaré, y no vereis lo que tanto os atormenta.

—Gracias, señora, respondió Catalina; léjos de Tomás creería aún mayores sus infidelidades; ahora le disculpo con la ambicion; conocido ya su desamor por mí, le achacaria otras faltas, tal vez imaginarias: y despues, no quiero dar á luz á mi hijo en una casa extraña, por más que la vuestra me ofrezca tan benéfico asilo; aquí me quedaré rogando al cielo que tenga piedad de mí.

—No estareis sola, pues, Catalina, respondió la bondadosa Ana de Cleves; ya que vos no quereis ir á mi casa, vendré yo á la vuestra, seré vuestra enfermera y os acompañaré constantemente: ¿acceptais?

Catalina respondió sólo besando con efusion las manos de la generosa princesa, y regándolas con lágrimas.

En medio de sus desgracias, aún le quedaban los tiernos consuelos de la amistad.

XIV.

La presencia de la princesa, que en efecto se instaló en el castillo de Chelsea, no hizo más llevadera la suerte de la infeliz Catalina; su hermano, rodeado siempre de peligros por sus galantes aventuras, pues apenas habia esposo, padre ó hermano en la córte que no se hallase ultrajado por él, habia perecido en un desafio á manos de un esposo vengativo y celoso de su honor.

Muerto Guillermo, Catalina no tenia en el mundo otra proteccion que la de Ana de Cleves, ni más afecto que el suyo.

Pero aquella buena princesa no podia curar las heridas que brotaban sangre en el corazon de la desgraciada viuda de Enrique.

Seymour la ofendia todo lo posible y sus infidelidades no se limitaban sólo á sus amorios con Isabel; no habia aldeana hermosa en las cercanías que

no fuese víctima de las pasiones de Seymour, quien en vez de ocultar á su esposa sus vergonzosos desórdenes, tenia un bárbaro placer en que los supiese y los llorase.

Lo más incomprensible para la ultrajada esposa, era la calma y casi indiferencia con que Isabel miraba la conducta del hombre á quien con tanta impudencia decia amar; es verdad que era una niña; pero no se podía achacar su impasible conducta á la inocencia de su edad, porque Isabel jamás habia sido inocente y parecia haber nacido cruel y vengativa.

Pocos dias despues de haberse instalado la princesa de Cleves en Chelsea, pasó á visitarla á su cámara Isabel; y Catalina, que se hallaba en aquel momento al lado de Ana de Cleves, hubo de servir de intérprete en aquella conversacion tan cruel para ella.

—Señora, dijo la Duquesa á Isabel; yo os creia en Lóndres.

—Pensé marchar, en efecto, respondió la orgullosa niña; pero las angustiosas aprensiones de lady Seymour me han hecho variar de parecer; figuraos, señora, que con su buen talento ha llegado á creer que yo amo á su esposo.

—¡Vos se lo habeis confesado así! exclamó sombríamente Catalina.

—Escuchadme, milady, repuso la princesa en in-

glés, y muy creida de que la Duquesa de Cleves nada entendia de lo que hablaba; escuchadme y disipad vanas aprensiones; sabed que entre mi hermana Maria y yo, existe una mortal rivalidad; ella busca sus instrumentos; yo busco los míos.

—Luego, señora, exclamó dolorosamente Catalina, ¿quereis hacer un instrumento de mi amado esposo?

—No, milady: no quiero hacerlo; lo he hecho ya.

—¿Y no teneis en nada el reposo, la felicidad, el descanso de mi vida? ¿Qué os he hecho yo para que os complazcais en ser la causa de mis penas?

—¡Pobre mujer! exclamó Isabel con una expresion de ironía dolorosa que aterraba al contemplar su edad infantil; con ese corazon tan amante, tan cobarde, tan tierno, ¿quereis ser dichosa? ¡Y dichosa siendo la esposa de Seymour! ¡Ah! no lo espereis jamás!

—¿Qué quereis decir, señora?

—Que Seymour no os merece; que es indigno de vos, que le olvideis y vivais á vuestro gusto, para vuestro hijo, para la ambicion, para la intriga, y no para el amor.

—¿Luego vos no le amais?

—¿Yo? ¿Amarle yo? respondió la princesa con una alegre carcajada; del mismo modo que amo á mi gorro de dormir, porque sujeta mis cabellos que me incomodan si se sueltan; del mismo modo que amo los

muebles que sirven á mi comodidad; ya os lo he dicho: como á un instrumento y nada más.

La Duquesa, en tanto que duraba este diálogo, parecia como sumida en la inmovilidad que era su habitual estado; ya sabe el lector, desde que leyó su historia, que todo lo entendia, pues que poseia el inglés perfectamente; pero su plan de conducta era invariable, y durante su vida, oyó grandes y terribles secretos con la inmovilidad de una estatua, y con la impasible fortaleza de una gigantesca roca.

—Señora, dijo Isabel tras de una páusa, volviéndose á la Duquesa, á no haber llegado los asuntos domésticos de milady á tan deplorable estado, vuestra venida aquí me hubiera colmado de alegría; ahora esta casa está habitada sólo por la tristeza. Lord Seymour no es lo que debia ser para nadie, y yo, así que aclare el horizonte de la corte, marcharé á Londres.

—¿Hay acaso nubes? preguntó Ana por medio de Catalina.

—¿Que si hay nubes? Figuraos, Duquesa, que mi hermano el Rey está muy enfermo; que los regentes lord Sommerset y lord Seymour se hacen la guerra más sangrienta; que el esposo de Catalina está ó va á ser acusado por su mismo hermano, de haber malversado las rentas y fondos de la marina; reina en los ánimos la más sorda irritacion, y pronto ha de levantarse una horrorosa borrasca que esperaré aquí.

La princesa hablaba de todas estas desgracias con la más pronunciada impasibilidad; la gran política, la cruel matadora de María Stuard, se veia ya en ella; en ella, á quien con tanta injusticia se le dió el dictado de *La Reina Virgen*, no á causa de su castidad, muy cuestionable, sino á causa de la dureza de su corazon y de su refinada hipocresía.

Catalina se retiró muy afectada, y, poco despues, fué á acompañarla Ana de Cleves.

—¡Si! exclamó lady Seymour, sollozando y dirigiéndose á la Duquesa en aleman. ¡Si! ¡Isabel tiene razon! ¡Tomás es, en sus manos, el dócil instrumento de su elevacion y de sus planes! ¡Qué alucinacion tan terrible!

—Amiga mia, dijo Ana, sólo una cosa puedo hacer en vuestro obsequio. ¿Quereis que hable á Seymour? El entiende mi idioma y me ha dado muchas pruebas de galantería y estimacion desde que estoy á vuestro lado. ¿Quereis que pruebe á traerle á buen camino?

—¡Oh, sí! exclamó Catalina, reanimada por aquel rayo de esperanza; señora, habladle, aconsejadle, abogad por mí y por su hijo!

—Lo haré, mi pobre Catalina; pero ante todo escuchadme una cosa que os voy á prometer para vuestra tranquilidad; suceda lo que quiera, vuestro hijo será el mio y sabré hacerle feliz y que sea respetado, no lo dudeis; y ahora os dejo para ir á mi habitacion y

pedir una entrevista á Seymour; así que se acabe, vendré á daros noticias de lo que haya; valor y confianza en Dios.

Salió la generosa princesa y escribió al instante que llegó á su cámara un billete á Seymour, pidiéndole una entrevista, á la que éste no tardo en acudir.

XV.

El rostro del Almirante, algunos meses ántes tan hermoso, tan expresivo y tan dulce, estaba profundamente alterado.

La ambicion, las zozobras y los desórdenes de su vida le habian dado una expresion á un mismo tiempo huraña, fatigada y recelosa.

—Señora, dijo inclinándose con aquella respetuosa galanteria, resto de sus elegantes modales; ¿me ha hecho la honra de llamarme V. A.?

—Si, milord, respondió Ana; deseo hablaros y que vos me oigais con la benevolencia y bondad de que tantas pruebas me teneis dadas.

—Ya escucho á V. A., respondió Tomás volviendo á inclinarse con respeto.

—Sentáos aquí, á mi lado, milord, y dejad las vanas fórmulas de etiqueta; estoy en vuestra casa y sois demasiado amable para mí.

—Señora, respondió Seymour con acento expresivo y tierno; mi casa es de V. A., y en tanto que se